



UNIVERSIDAD
SAN SEBASTIAN

DEPARTAMENTO DE
FORMACIÓN INTEGRAL

Acta&Verba

Facultad de Psicología y Humanidades

Agosto de 2025



La universidad: Cuna del pensamiento

Editorial - “Donde estoy, luego pienso” | Jorge Rosas - El rol de la universidad en el siglo XXI
Boris Zaavedra - Repensar el sentido de la universidad | Felipe Vargas - Universidad y ética:
un compromiso que no se delega | Sofía Castro - Humanidades y medicina, ¿Mutuamente excluyentes?
Ema Vergara - La comodidad no educa | Personajes - Jorge Millas

Índice

Editorial

"Donde estoy, luego pienso". 3

Entrevista

Jorge Rosas G.
El rol de la universidad en el siglo XXI. 5

Columnas

David Muñoz Z.
¿La misión olvidada? Gandalf, la universidad y la urgente
necesidad de forjar virtudes. 10

Fernando Fuica G.
El respeto que transforma: Kant, Adela Cortina,
y la ética para vivir juntos. 12

Boris Saavedra P.
Repensar el sentido de la universidad: el aporte de
Nuccio Ordine a la defensa de las humanidades. 14

Roberto Marconi J.
Sócrates, Platón, y la creación de las universidades. 16

Felipe Vargas T.
Universidad y ética: un compromiso que no se delega. 18

Álvaro Opitz B.
Pensar (la educación) en tiempos de posverdad. 20

Daniel Barrera S.
Profesionales en el desarrollo de Chile:
La postal de los cruceros 22

Marcia García B.
La universidad como comunidad humana. 24

Desde el Aula - Trabajos estudiantiles

Gian Franco Avendaño U.
De las neonatas ideas. 28

Javiera González M.
¿Aprendizaje... activo o conformista? 30

Sofía Castro B.
Humanidades y medicina, ¿mutuamente excluyentes? 32

Ema Vergara A.
La comodidad no educa. 34

Personajes

Jorge Millas 36

Reseñas 40

Colaboradores 42

Acta & Verba
Agosto 2025 - Volumen 1 - N° 2

DIRECTOR
Guillermo Tobar Loyola

EDITOR
Miguel Lobos Zuzunaga

COMITÉ EDITORIAL
Daniel Brito García
David Muñoz Zuñiga
Felipe Rodríguez Santa María
Gabriela Molina Ortiz
Guillermo Tobar Loyola
Heber Leal Jara
Miguel Lobos Zuzunaga
Nathalia Lucero Díaz
Pablo Rojo Salazar
Roberto Marconi Juárez

DISEÑO
Felipe Rodríguez Santa María

Acta & Verba es una publicación
trimestral en el área de las Humanidades.
desarrollada por el Departamento de
Formación Integral, perteneciente a la
Facultad de Psicología y Humanidades
de la Universidad San Sebastián.
Los artículos firmados de *Acta & Verba*
son de responsabilidad exclusiva de
sus autores y la Revista no comparte
necesariamente las opiniones vertidas
por ellos. Se autoriza la reproducción de
artículos señalando su procedencia.

CONTACTO
miguel.lobos@uss.cl



Guillermo Tobar Loyola
Director Nacional de
Formación Integral
Universidad San Sebastián

Editorial

“Donde estoy, luego pienso”.

Es común sostener que la misión esencial de la universidad es pensar. Esta afirmación, en su interpretación más amplia, implica que la universidad no solo debe transmitir conocimientos, sino también cultivar la capacidad de reflexión crítica, que conlleva discernir el sentido profundo de las cosas y el reconocimiento del propio lugar en el mundo. El filósofo español José Ortega y Gasset lo expresó con claridad al decir: *“La universidad tiene que enseñar a pensar con rigor, con profundidad y con responsabilidad”*. Por su parte, el filósofo chileno Jorge Millas afirmó: *“La universidad es el lugar donde se cultiva la inteligencia con libertad”*, subrayando que el pensamiento universitario es inseparable de la responsabilidad ética y del compromiso con la sociedad.

En este sentido, pensar no es una actividad abstracta o meramente académica, sino una forma de ubicarse en el mundo. Saber dónde se está — histórica, cultural y personalmente — permite al estudiante comprender su papel en la sociedad y proyectar su vida con sentido y propósito. Ingresar a la universidad, entonces, no es solo una transición académica: es una transformación existencial.

Al aprender a pensar por sí mismo, el estudiante comienza a reconstruir su propio horizonte: elige con mayor libertad, descubre su vocación, enfrenta desafíos con juicio crítico, y se compromete con causas que lo trascienden. Esta es la verdadera educación universitaria: la que configura no solo al profesional, sino al ser humano en todas sus dimensiones.

En este contexto, podemos afirmar que en la vida no hay deseo más profundo que el de saber ubicarse en la vida. Pero ¿qué queremos decir cuando señalamos que alguien está “ubicado o no en la vida”? La palabra proviene del adverbio latino *ubi*, que significa “dónde”, y apunta a la necesidad de encontrar el lugar propio en el mundo. En relación con la universidad, esta pregunta cobra especial relevancia: ¿qué vínculo existe entre “ubicarse” y la misión del pensamiento universitario?

La experiencia universitaria ofrece justamente esa orientación vital, ese espacio propicio para descubrir dónde estamos o incluso dónde queremos estar, tanto existencial como intelectualmente. Es un proceso que atañe a estudiantes y



docentes por igual. Se trata de formar una plataforma interior desde la cual se puede asumir la realidad con firmeza, reconocer el sentido de las cosas y también decidir el camino personal con libertad. “Ubicarse”, por tanto, es saber estar en el mundo, comprender el momento histórico, cultural y personal en el que uno vive. Solo desde ahí es posible un auténtico crecimiento humano.

En cambio, quien no llega a ubicarse —quien no se abre al pensamiento, no ejercita la lectura atenta ni el pensamiento crítico— corre el riesgo de pasar por la universidad como una piedra sumergida en el río que, al ser sacada, está seca por dentro. Su paso por la educación superior queda sin huella, sin transformación alguna. No se trata solo de acumular datos o títulos, sino de dejarse afectar por el conocimiento y de permitir que la verdad transforme el propio interior.

Como decía Søren Kierkegaard, *“La vida no es un problema que tenga que ser resuelto, sino una realidad que debe ser experimentada”*. Y esa experiencia comienza cuando el conocimiento deja de ser algo externo y se convierte en vida pensada y asumida. Pensar no es llenarse de información, sino hacer del conocimiento una forma de habitar el mundo con sentido, responsabilidad y verdad.

En consecuencia, pensar críticamente es el primer acto de libertad en la universidad. Porque solo quien se pregunta dónde está, puede elegir hacia dónde ir. “Donde estoy, luego pienso”.

 Jan Cossiers, *Prometeo trayendo el fuego* (c. 1636).



El rol de la universidad en el siglo XXI.

Jorge Rosas Godoy, doctor en Literatura y académico de nuestra universidad, nos acompañó durante el inicio de año académico 2025 del Departamento de Formación Integral a reflexionar sobre el rol de la universidad chilena en nuestra época. En esta entrevista con el académico Heber Leal, extracto de su presentación, abordamos el presente y el futuro del pensamiento universitario, su vínculo con las humanidades, la educación integral y los desafíos de la transformación digital.

¿De qué manera se ha desarrollado el vínculo entre universidad y humanidades en Chile?

Para eso debiéramos realizar un breve recuento histórico. Por los años 1800, para ser exactos, 1842, hay una generación que es la nueva generación literaria y cultural para Chile y América Latina. Ahí encontramos dos cuestiones paralelas.

La primera de ellas alude a la forma en que se afianzan las humanidades en Chile y en las universidades de la época (y ahí hallamos esa visión humanista desde la tradición más clásica que es, en definitiva, la que irá ganando terreno con esa mirada independiente de la intelectualidad y la literatura, europeizante en Chile). Sobre todo relevante para la formación educativa, como ocurrirá en la Universidad de Chile, con

Andrés Bello a la cabeza, haciéndose cargo del desafío.

Pero en un segundo lugar, vemos en historiadores una revisión de cuál era el impacto humanista precisamente de esa época, y destacaba lo que se estaba dando en la historia, en la filosofía, la política y obviamente en la literatura. Se comprueba el impacto revelador respecto de las humanidades, en la política, en la

vida eclesiástica, y en la literatura femenina; se muestra que todo ello sería un aporte para esta nueva visión humanista, no conservadora de la Colonia en adelante. En su momento, esto era claro para Eyzaguirre en 1852, y arroja datos importantes sobre la cultura y el rescate de ella en la época de gran efervescencia intelectual en América Latina y que de a poco se convierte Chile en su centro. A ello se suma la preocupación por el fenómeno educativo propiamente tal, y cómo ha de caminar junto a las humanidades. Piénsese en 1953, un congreso sobre el modo de la educación y las humanidades en Chile. Cómo no recordar también a Gabriela Mistral, quien tenía 14 años cuando empieza a trabajar como educadora informal

en una escuela, y desde ahí hablaba de cómo humanizar al mundo, cómo hacer estrategias para educar mejor y, por lo tanto, generar el mayor reconocimiento de las personas. «Cabe el arte dentro de tu escuela», escribe hacia 1918 (hoy en *Magisterio y niño*).

A esto le sigue una posterior pérdida de humanidad por efectos de la revolución industrial tardía, no denunciado sólo por Mistral, en Chile, sino que fue un impacto global. A este fenómeno hay que agregar el impacto de las dos vías mundiales del momento, la capitalista y la social-materialista histórica, estudiadas por Juan Pablo II; como también la Perestroika en el mundo soviético con la conclusión de que ninguno de

los modelos dio una respuesta a la humanidad. De aquí surge sin lugar a dudas la pregunta crucial: ¿qué tipo de ser humano ha de haber para el siglo XX-XXI?

En ese entorno, por los años noventa se produce un cambio en Europa, y que se llama el fenómeno de Bolonia, que va a instalar un modelo de desarrollo de *competencias* en los estudiantes. El trabajo intenso que duró varios años mostró hacia el 2009 que ese carácter de competencias fue más bien un fracaso. Con el proyecto mundial Tuning, como se llamaba, finalmente se percibió que con eso se había debilitado la mirada de la persona propiamente tal y había decaído el significado de las humanidades. Siempre en los años noventa vemos en Chile la creación del Premio Nacional de las Humanidades y las Ciencias Sociales y el FONDART, como forma de mostrar el impacto nacional de las humanidades. Ciertamente a nivel universitario, el fenómeno del "paperismo" o economicismo académico introdujo la pregunta por lo que significa cuidar a lo humano y a las humanidades, y discusiones éticas al respecto desembocaron en un cierto equilibrio entre el desarrollo del conocimiento y la producción de éste.

¿De qué manera se refleja esta historia en aspectos concretos de las humanidades en la universidad hoy?

A partir del proyecto de Bolonia, el Tuning para América Latina (véase por ejemplo Hugo Aboites, *La educación superior latinoamericana y el proceso de Bolonia*), comenzaron entonces a surgir, por ejemplo, los proyectos de asignaturas por electivos, favoreciendo el carácter de autonomía universitaria, y se empiezan a incorporar en las mallas con más carga de crédito para el estudiante, pues desarrollan mejor la competencia, en este caso, de la formación integral, porque pone



esas asignaturas al mismo nivel que las otras que tienen el carácter de competencia dura. Entonces, las llamadas "competencias blandas" fue la segunda parte del proyecto de Bolonia. Pensemos, por ejemplo, en las competencias literarias, las habilidades y destrezas de lectura, etc. Esto se fue incorporando a exigencias de acreditación, pues las agencias no observaban únicamente la "ciencia", sino también las humanidades, incorporando gestión de calidad en la vinculación cultural y universitaria con el medio y al interior de la institución. Además, el fenómeno de la globalización y la ola postmoderna en su momento nos forzó a tomar atención al ser humano como tal: la globalización avanzaba más rápido, mirar a la persona humana siempre va a ser más lento que mirar la cosa pragmática y por lo tanto, allí se produce una disyuntiva institucional: seguir la pauta de lo provechoso, dictada por el fenómeno globalizado, o proponer la preocupación humanista y mantener la programación curricular (como estamos viendo hoy entre la Universidad de Harvard y las políticas estadounidenses actuales).

¿De qué manera esto tiene que ver con el así llamado "pensamiento crítico" en una universidad, en una época llena de polarizaciones políticas confusas, aceleración tecnológica, inteligencia artificial, lo biopolítico y lo bioético?

En los últimos decenios han habido diferentes instancias de defensa universitaria de la preocupación humana, contrastando así con aquello que nos deshumaniza (por ejemplo el acuerdo de las universidades católicas en el 2023, o el del 2012 de manera laica). Un proyecto Tuning, por ejemplo, buscaría la competencia productiva-científica, la preparación al mundo de la publicación. En cambio, hoy en día justamente se favorece el espacio al desarrollo del pensamiento; la modalidad del ensayo, la atención al libro, todas estas

instancias hacen que lo científico reflexione y que tenga su espacio para proyectar descubrimiento. Luego, el pensamiento crítico es fundamental para toda universidad de todo el mundo. Y en ese espacio, quien lo actúa es la persona, su protagonista. Pero no puede ser si no está usando la razón, no está usando el corazón, o como decía Francisco: *con la cabeza, el corazón y las manos*. O como dice, cierto, nuestra universidad: la razón, la verdad y la virtud. **No puede un estudiante, una persona, pasar por una universidad**

confuso. En las últimas décadas del siglo pasado, no podíamos dialogar; demasiada tensión. Persisten; pero la realidad más madura nos ha conducido a mayor inclusión, respeto por lo diverso, un pensamiento crítico más fácil de promover mediante el encuentro, las capacidades argumentativas, incorporando el debate público, como esta misma ocasión.

La cuestión de la aceleración tecnológica y la inteligencia artificial ciertamente es un tema hoy. Un

Nosotros podemos darnos cuenta de las IAs son sólo herramientas tecnológicas; y que de ello no depende nuestra vida. Este tipo de información distrae, precisamente, al estudiante o al profesor respecto a la habitación del conocimiento.

—o muchas universidades— y no tener esa carga de realidad; hay que visualizarlo y fortalecerlo, para que se pueda desarrollar el pensamiento crítico en el espacio universitario.

Políticamente, la confusión no puede ser contrarrestada si no es precisamente a través o desde el desarrollo del pensamiento crítico. Paz y amor, se decía un tiempo. Pero eso no bastaba. Había que pensar, había que actuar. En mis tiempos, queríamos salir, queríamos publicar obras de teatro, de arte literario, leíamos obras clásicas, cantábamos en las protestas, etc. Entonces había que hacer algo diferente y poner la fortaleza del desarrollo del pensamiento crítico, al servicio —obviamente— de quien es el objeto de la humanidad: la persona humana. De ahí se neutraliza el caos

número considerable de intelectuales han escrito contra las IAs; lo mismo hizo Francisco. Está llevándose toda capacidad humana al núcleo de la tecnología, la resolución de problemas así ya no le es permitida a la gente, sola, pensándolos: sino pidiéndosela. Nosotros podemos darnos cuenta de las IAs son sólo herramientas tecnológicas; y que de ello no depende nuestra vida. Este tipo de información distrae, precisamente, al estudiante o al profesor respecto a la habitación del conocimiento. Entonces, el compromiso del futuro es precisamente un estudiante consciente de que no es solo estudiante, sino de que es una persona. Y ese estudiante consciente de ser persona va entonces a cambiar este presente. Vamos a modificarlo con mucha fuerza, humanismo, y obviamente, mucha alegría.

H. Aboites, *La educación superior latinoamericana y el proceso de Bolonia*, en «*Revista educación superior y sociedad*», 15, 1, 2010, pp. 25-44.

G. Mistral, *Magisterio y niño*, Andrés Bello, Santiago, 1979, p. 38

Jan Cossiers, *Prometeo trayendo el fuego (c. 1636)*.

Acta&Verba

¿Te gustaría publicar un artículo o reseña en nuestra revista?

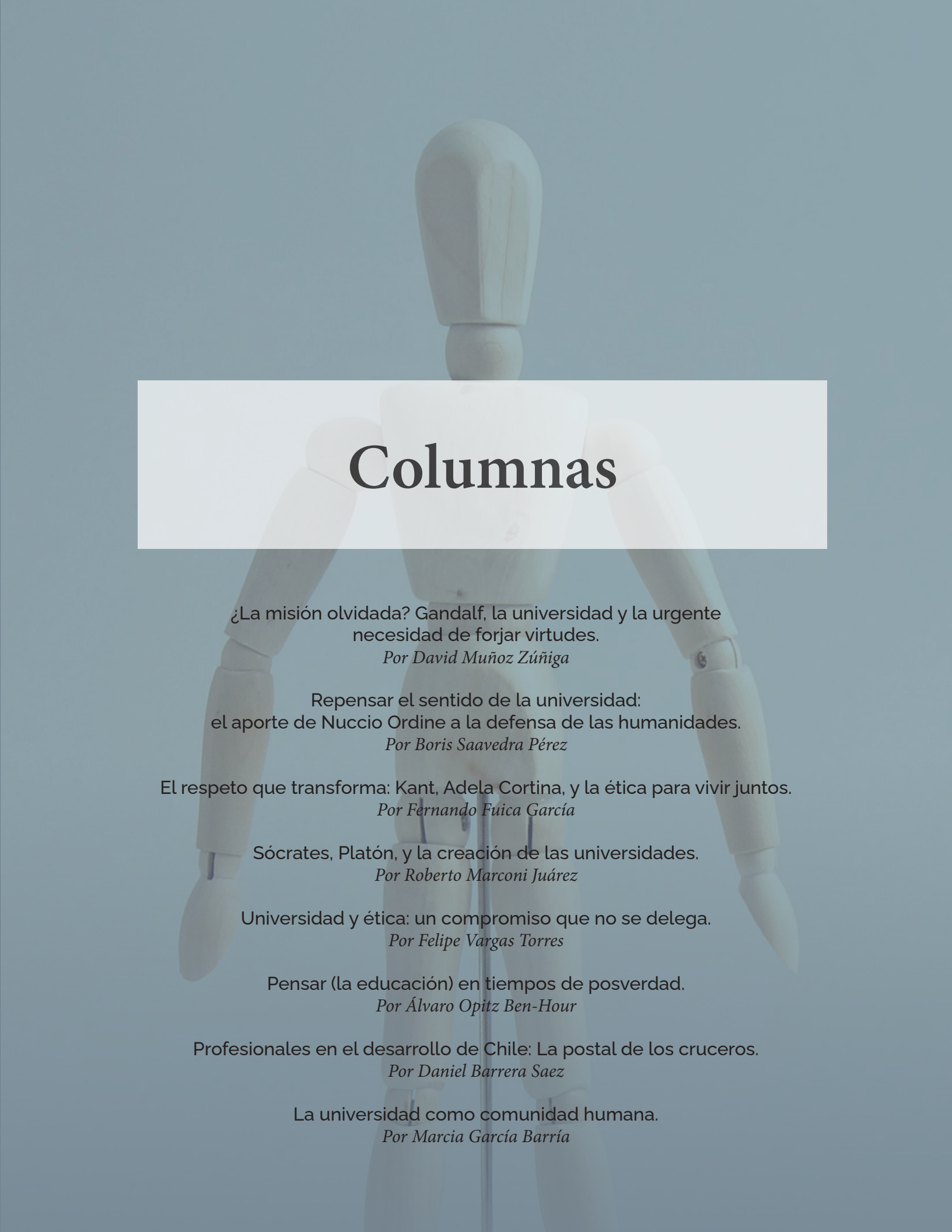


Acta & Verba es una revista abierta a la colaboración de estudiantes, administrativos y académicos de nuestra Universidad San Sebastián.

Si quieres postular para ser parte de nuestro próximo número, acercáte al Departamento de Formación Integral de tu sede o escribe a:

miguel.lobos@uss.cl o a **luisfelipe.rodriguez@uss.cl**

Próxima publicación: Diciembre de 2025
Tema: “Experiencia - discurso - y verdad en la era digital”



Columnas

¿La misión olvidada? Gandalf, la universidad y la urgente necesidad de forjar virtudes.

Por David Muñoz Zúñiga

Repensar el sentido de la universidad:
el aporte de Nuccio Ordine a la defensa de las humanidades.

Por Boris Saavedra Pérez

El respeto que transforma: Kant, Adela Cortina, y la ética para vivir juntos.

Por Fernando Fuica García

Sócrates, Platón, y la creación de las universidades.

Por Roberto Marconi Juárez

Universidad y ética: un compromiso que no se delega.

Por Felipe Vargas Torres

Pensar (la educación) en tiempos de posverdad.

Por Álvaro Opitz Ben-Hour

Profesionales en el desarrollo de Chile: La postal de los cruceros.

Por Daniel Barrera Saez

La universidad como comunidad humana.

Por Marcia García Barría

¿La misión olvidada?

Gandalf, la universidad y la urgente necesidad de forjar virtudes.

Gandalf y Saruman, en *El Señor de los Anillos*, encarnan dos formas opuestas de entender el conocimiento. Ambos eran Istari, espíritus enviados por los Valar para guiar a los Pueblos Libres de la Tierra Media. Ambos poseían un saber vasto y un poder considerable. Sin embargo, Saruman se desvió: seducido por el afán de dominio, convirtió el conocimiento en instrumento de control. Se aisló en su torre, perdió la perspectiva, traicionó su misión. Gandalf, en cambio, aunque poderoso, mantuvo su norte: ejerció la prudencia, ofreció consejo,

sión de la empleabilidad inmediata y la obsesión por habilidades técnicas específicas. Las mallas curriculares se optimizan para el mercado; los rankings celebran la inserción laboral y los sueldos iniciales. Todo parece empujarnos a ser eficientes, productivos, "útiles" en un sentido cada vez más estrecho. Pero, ¿no estaremos, sin querer, construyendo más torres de Orthanc que refugios de sabiduría como Rivendel? ¿Estamos formando expertos tipo Saruman —altamente competentes, pero éticamente desorientados— en lugar de guías como

Para Newman, la universidad no era simplemente un lugar para adquirir un oficio, sino un espacio donde aprender a pensar, a juzgar con criterio, a vincular ideas, a comprender el mundo con profundidad y amplitud.

defendió la compasión y la valentía intelectual para enfrentar la oscuridad. Sobre todo, conservó una profunda humildad. No buscaba saber para dominar, sino para comprender y actuar con rectitud.

Esta tensión entre el saber como poder (Saruman) y el saber integrado con la virtud (Gandalf) resuena con inquietante actualidad en los pasillos de nuestras universidades, aquí en Santiago y en todo el mundo. Vivimos una época marcada por la pre-

Gandalf, capaces de ver más allá de su especialidad?

Hace más de un siglo, el cardenal John Henry Newman advirtió sobre esta deriva en su *Idea de una universidad*. Defendía con pasión la educación liberal, no como un lujo elitista, sino como la misión esencial de la universidad: cultivar el intelecto por sí mismo, formar una «disposición filosófica de la mente». Para Newman, la universidad no era simplemente un lugar para adquirir un oficio, sino un

por David Muñoz Zuñiga
Académico Departamento de
Formación Integral
Universidad San Sebastián,
Sede Santiago.



espacio donde aprender a pensar, a juzgar con criterio, a vincular ideas, a comprender el mundo con profundidad y amplitud. Una educación que forma mejores personas, no solo mejores empleados.

Ahora bien, ¿qué significa, en concreto, “cultivar el intelecto”? ¿Cómo se forma esa disposición filosófica? Aquí la filósofa contemporánea Linda Zagzebski —una de las voces más influyentes en la epistemología de las virtudes— ofrece una hoja de ruta lúcida. Según ella, conocer bien no depende solo de disponer de buena información o aplicar métodos adecuados, sino de desarrollar ciertas virtudes intelectuales. Pensemos en algunas: la honestidad (reconocer lo que sabemos y lo que no, citar con fidelidad, evitar el plagio), la apertura mental (considerar ideas que desafían las propias), el rigor (buscar con precisión y cuidado), la humildad (reconocer nuestra falibilidad), la valentía intelectual (atreverse a pensar contra la corriente si hay buenas razones), y la perseverancia (mantener el esfuerzo ante lo complejo). Estas virtudes no son adornos secun-

darios. Son herramientas fundamentales para orientarse en un mundo saturado de información y desinformación, de polarización y debates tóxicos. Son indispensables para el científico en su laboratorio, la ingeniera que diseña una infraestructura, el abogado que defiende un caso, el ciudadano que vota informado. Y más aún: son el núcleo de una educación verdaderamente formativa, que no se limita a transmitir competencias, sino que moldea el carácter intelectual.

La universidad, entonces, enfrenta una decisión crucial. Puede resignarse a ser una fábrica eficiente de habilidades técnicas, obediente a las demandas del mercado. O puede aspirar a algo más: convertirse en una forja de virtudes intelectuales, en un

espacio donde no solo se adquieren conocimientos, sino donde se aprende a pensar bien, a buscar la verdad con responsabilidad, a ser intelectualmente virtuosos. Necesitamos profesionales competentes, sí. Pero más aún, necesitamos personas con la sabiduría y la integridad de Gandalf: capaces de poner su saber al servicio del bien común, no de su propia torre. La próxima vez que pensemos en la universidad —como estudiantes, docentes o ciudadanos— preguntemos: ¿estamos exigiendo solo habilidades o también sabiduría? ¿Estamos diseñando currículums o forjando mentes virtuosas? La elección, como en la Tierra Media, es decisiva. Y sus consecuencias, profundas.

 Newman, John Henry. *La idea de una universidad*. Traducción de Paula Jullian. Ediciones Universidad Católica de Chile, Santiago, 2014.

Tolkien, J.R.R. *El Señor de los Anillos*. Traducción de Matilde Horne. Minotauro, Barcelona, 2023.

Zagzebski, Linda. *Virtues of the Mind: An Inquiry into the Nature of Virtue and the Ethical Foundations of Knowledge*. Cambridge University Press, Cambridge, 1996.

 Rembrandt, *Landscape With the Rest on the Flight into Egypt* (1647)

El respeto que transforma: Kant, Adela Cortina, y la ética para vivir juntos.

de Fernando Fuica García
Académico Departamento de Formación Integral
Universidad San Sebastián

En *Aporofobia...*, la española Adela Cortina escribe: «resulta imposible mantener el respeto por las personas, defender las bases sociales de la autoestima, sin empoderar moralmente a los ciudadanos para que consideren a sus conciudadanos como personas». Esta es la pregunta: ¿cómo empoderamos moralmente a los ciudadanos para ese propósito, y cuáles son sus bases? Ciertamente, como bien señala Cortina, también

Conviene quizás fijarnos en lo que las palabras de esa sentencia indican: respeto a las otras personas, lo social y la autoestima, los otros conciudadanos, que han de ser reconocidos como personas. Todo esto indica un fenómeno fundamental, que encontramos tanto en Lévinas como en Cortina: la apertura al otro, que designamos con un nombre, *la acogida*. Acoger es: acoger la alteridad que implica

Ciertamente para Cortina significa que la única manera de hacer patente la hospitalidad y la acogida es por medio de leyes que sean capaces de acoger e integrar al otro desde su especificidad cultural y, por cierto, moral.

Kant se propuso una tarea similar en *La paz perpetua* y en *La fundamentación de la metafísica de las costumbres*. Para ambos, la respuesta se halla en la "hospitalidad", o como la llama Kant refiriéndose al derecho cosmopolita, la "hospitalidad universal".

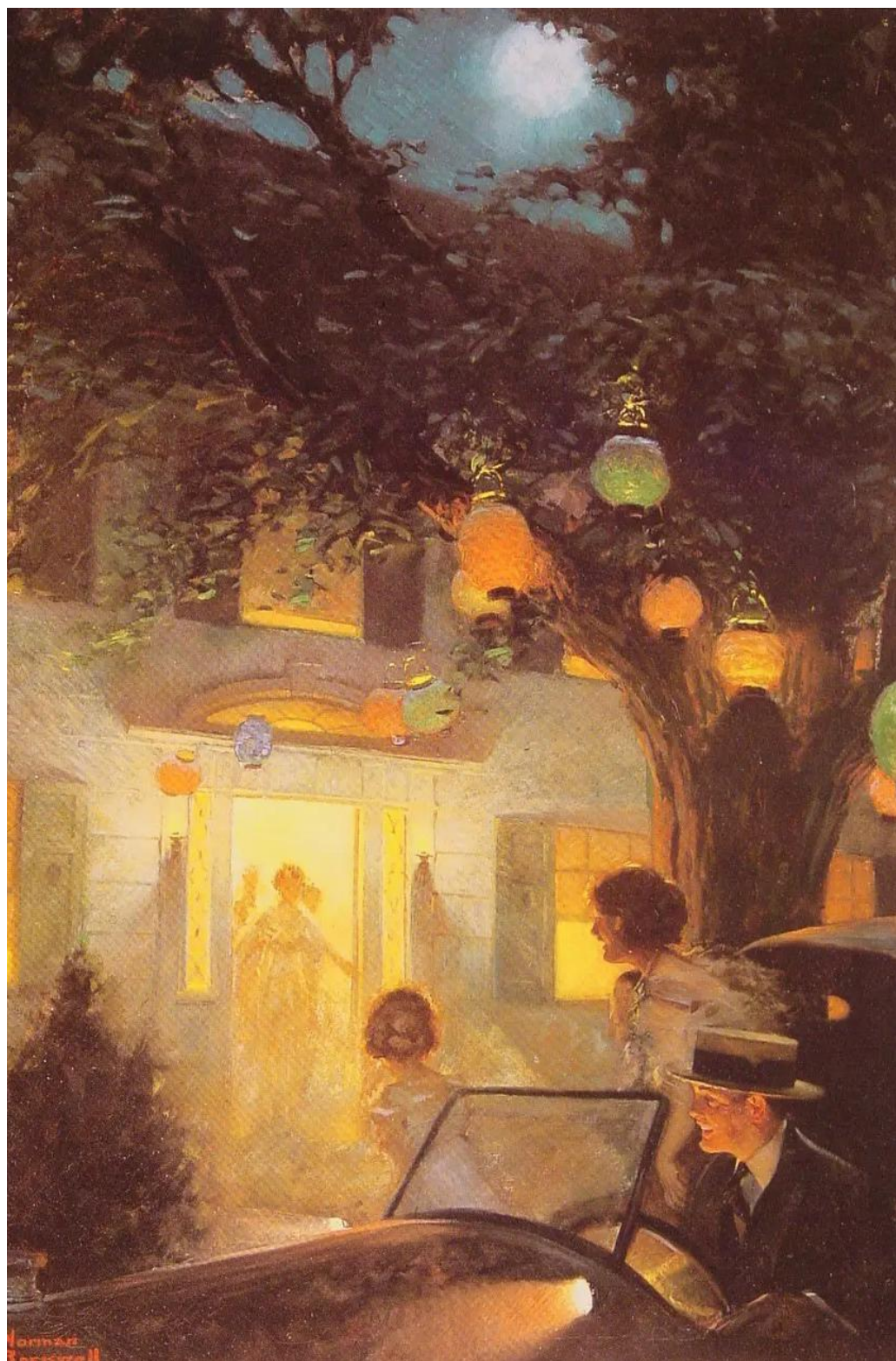
el otro. Este "otro" es entonces una realidad radical, que se nos presenta, y ante el cual estamos siempre en relación, como si la acogida y la apertura estuviera incluso por encima de nuestra propia individualidad. De ahí que Cortina piense sobre esta

base la idea misma y el significado del “respeto”, al decir que «la responsabilidad por el otro es la estructura misma que le constituye como sujeto». Nuestra acción moral, nuestro comportamiento, por lo tanto, debiera considerar esta importancia del otro.

Ciertamente para Cortina significa que la única manera de hacer patente la hospitalidad y la acogida es por medio de leyes que sean capaces de acoger e integrar al otro desde su especificidad cultural y, por cierto, moral. Reconocer la diversidad de cosmovisiones a partir de una legislación discutida y consensuada, es el soporte que va a permitir una convivencia social que sea, a la vez, reflejo de un colectivo que se oriente al bien común.

Pero quizás debamos concentrarnos en lo que esto implica: la alteridad es igualmente recíproca entre nosotros, la acogida está siempre en juego, el reconocimiento existe y debe ser revalidado en cada ocasión; este respeto que es reconquistado tiene además un efecto en la alteridad, y Cortina lo llama la “autoestima”.

De esta manera, el desafío que tenemos por delante en nuestra moralidad es afianzar el reconocimiento de lo otro, acoger, dejarnos permitirlo, para que esto mismo – la autoestima – crezca, y desde ahí crecerá la persona como tal. La universidad podría ser entonces este espacio de ejercicio moral, donde la acogida y el crecimiento de lo totalmente otro (el saber, por ejemplo) es la base del quehacer y la forma en que acontece; y si la universidad es parte de la sociedad, entonces podrá contribuir al desarrollo de una moralidad en este sentido.



A. Cortina, *Aporofobia, el Rechazo al Pobre: Un Desafío Para la Sociedad Democrática*. Paidós, Barcelona, 2019.

I. Kant, *Fundamentación de la metafísica de las costumbres*, Espasa Calpe, Madrid, 2001.

I. Kant, *Sobre la paz perpetua*, Akal, Madrid, 2012.

Norman Rockwell, *And the symbol of welcome is light* (1920)

Repensar el sentido de la universidad:

el aporte de Nuccio Ordine a la defensa de las humanidades.

En la vasta tradición del pensamiento humanista, Nuccio Ordine (1958–2023) ocupó un lugar memorable como defensor incansable del valor intrínseco del saber y del papel insustituible de la universidad como espacio de cultivo del pensamiento libre. Su obra, caracterizada por una profunda erudición y una vibrante pasión por las humanidades, se erige como una crítica lúcida a la progresiva mercantilización del conocimiento y a la degradación de la universidad bajo los imperativos de la utilidad inmediata y la rentabilidad económica.

Puesto de manera sucinta, Ordine sostiene que el saber más valioso es aquel que no se subordina a las finalidades pragmáticas o lucrativas, sino que responde al deseo genuino de comprender el mundo y de enriquecer la condición humana. Esta reivindicación de un conocimiento *inútil* en términos económicos, pero esencial para el espíritu, se articula como una férrea defensa de las disciplinas hu-

manísticas, frecuentemente relevadas o amenazadas en los sistemas educativos actuales, donde se tiende a priorizar los saberes técnicos. No obstante - advierte el profesor italiano - «si sólo se piensa en la vida material, ¿quién proveerá a encender "antorchas para las mentes"?» (en *La utilidad de lo inútil*).

Las reformas educativas de las últimas décadas, inspiradas mayormente en lógicas utilitarias (sea servicialidad instrumental técnica, sea rédito económico) han convertido a las instituciones de enseñanza superior en «verdaderas empresas, donde los estudiantes son tratados como clientes y los profesores como proveedores de servicios» (en *Una escuela para la vida*). En este contexto, el pensamiento crítico, la reflexión desinteresada y la formación del espíritu, elementos que constituyen la esencia misma de la misión universitaria, corren el riesgo de ser suprimidos en favor de habilidades técnicas y saberes instrumentales. Frente a esta tendencia, Ordine aboga por un retorno a la concepción clásica de la universidad como comunidad de maestros y discípulos comprometidos con la búsqueda desinteresada del saber. Además, disciplinas como la literatura, la filosofía, las artes y las ciencias humanas no son, en su visión, asignaturas prescindibles, sino pilares fundamentales para el desarrollo de ciudadanos libres, capaces de pensar

de Boris Saavedra Pérez
Académico Departamento de
Formación Integral
Universidad San Sebastián,
Sede Concepción



críticamente y de resistir las formas de dominación ideológica.

En consecuencia, la defensa de las humanidades realizada por Ordine igualmente abarca un ámbito político, puesto que se trata de preservar la universidad como espacio de emancipación intelectual y de construcción de una sociedad más justa. Sobre todo, considerando que «a la enseñanza pública le incumbe la delicada tarea de apartar al hombre de las miserias del utilitarismo y educarlo en el amor por el desinterés y por lo bello ("hay que levantar el espíritu del hombre, volverlo hacia Dios, hacia la conciencia, hacia lo bello, lo justo, lo verdadero, hacia lo desinteresado y lo grande")» (en *La utilidad de lo inútil*).

El aporte de Nuccio Ordine constituye una apuesta relevante para repen-

sar el verdadero sentido que posee la universidad, ya que en un mundo cada vez más dominado por la lógica utilitaria y por la obsesión existista de la eficacia, la universidad tiene la misión de fomentar espacios donde se incentive el crecimiento integral del

El saber más valioso es aquel que no se subordina a las finalidades pragmáticas o lucrativas, sino que responde al deseo genuino de comprender el mundo y de enriquecer la condición humana

estudiantado. Asumiendo la tarea de enseñar a vivir, formando seres humanos capaces de pensar críticamente, de valorar el bien, la verdad y la belleza, en «abierta resistencia al consumismo y a los falsos valores que

imperan en la sociedad contemporánea» (en *Una escuela para la vida*). Por eso, Ordine subraya que el saber auténtico no puede desvincularse de la dignidad humana, porque saber no es un acto meramente instrumental, sino un ejercicio que ennoblece a la

persona, que le otorga libertad interior y que cultiva virtudes fundamentales para la vida en comunidad. De este modo, la

educación superior debe ser entendida como un proceso que no solo transmite conocimientos técnicos, sino que también forma ciudadanos conscientes, libres y comprometidos con el bien común.

- 📖 Nuccio Ordine, *La utilidad de lo inútil*. Manifiesto. Acantilado, Barcelona, 2022.
Nuccio Ordine, *Una escuela para la vida*. Editorial UV, Valparaíso, 2018.
🖼️ Quentin Massys, *El cambista y su mujer* (1514).



Sócrates, Platón, y la creación de las universidades.

de Roberto Marconi Juárez
Académico Departamento de Formación Integral
Sede Valdivia

El papa Benedicto XVI escribió lo siguiente en un discurso: "¿Y qué es la universidad?, ¿cuál es su tarea? (...) Creo que se puede decir que el verdadero e íntimo origen de la universidad está en el afán de conocimiento, que es propio del hombre. Quiere saber qué es todo lo que le rodea. Quiere la verdad. En este sentido, se puede decir que el impulso del que nació la universidad occidental fue el cuestionamiento de Sócrates"¹.

¿Qué hay de cierto en esta afirmación?
¿Qué tan socrática es la universidad?

Las universidades, en rigor, surgieron en la Edad Media, mucho después de Sócrates. Sócrates no escribió libros; para saber de su existencia buscamos los testimonios de otros autores, principalmente en Platón y Jenofonte, ambos discípulos y amigos que evocan su figura con grandes elogios y lamentan su injusta condena a muerte.

En la versión de la *Apología de Sócrates* de Platón hay varios elementos con lo que podríamos ir caracterizando el cuestionamiento de Sócrates.

Primero que todo, y aunque a veces no bien recibido, su cuestionamiento tiene una función cívica. El cuestionamiento es a veces molesto; Sócrates lo compara al tábano que no deja dormir a un caballo y le provoca irritación. Sócrates sabía que sus preguntas molestaban a algunos, pero sin embargo lo considera como una misión divina: «el dios me ha colocado junto a la ciudad para una función semejante, y como tal, despertándolos, persuadiéndolos y reprochándolos uno a uno, no cesaré durante todo el día de posarme en todas partes» (en la *Apología de Sócrates*).

En segundo lugar, el "uno a uno". Sócrates no acostumbraba a pronunciar discursos ante grandes auditorios, sino que reconocía que la enseñanza se transmitía mejor cuando se realizaba por medio de la conversación.

Tercero: "en todas partes". Sócrates no enseñaba en un lugar específico ni preparado, sino que en cualquier parte y muchas veces en la vía pública. En espacios comunes y a la vista de cualquiera. Este elemento fue quizás el más arriesgado y uno de los que le costó la vida (y que fue

corregido por Platón, al crear una institución, la Academia).

Cuarto: sin fin de lucro. Sócrates habría dicho «no parece humano que yo tenga descuidados todos mis asuntos y que, durante tantos años, soporte que mis bienes familiares estén en abandono, y, en cambio, esté siempre ocupándome de lo vuestro, acercándome a cada uno privadamente, como un padre o un hermano mayor, intentando convencerle de que se preocupe por la virtud» (en la *Apología de Sócrates*). La labor cuestionadora de Sócrates

extraño que yo privadamente, yendo de una a otra parte, dé estos consejos y me meta en muchas cosas, y no me atreva en público a subir a la tribuna del pueblo y dar consejos a la ciudad (...). Si yo hubiera intentado anteriormente realizar actos políticos, habría muerto hace tiempo». Sócrates eludió desde un inicio el participar en política. Vio por anticipado que su discurso, su objetivo, sus métodos, chocaban a tal punto con el modo de hacer política de sus conciudadanos, que piensa que lo habrían condenado a muerte o asesinado mucho antes.

acciones de personas que se sintieran atacadas u ofendidas. Lo llamo la "Academia", un lugar para formar así pensadores profundos capaces de tomar sabias decisiones. Y si tales accedieran a cargos públicos, fueran capaces de gobernar en vistas al verdadero bien.

Aunque la universidad como tal pertenece al mundo medieval, leamos lo que dice justamente uno de estos estudiosos. Alcuino de York, encargado por Carlomagno de fundar centros educativos, le respondía así: "Si vuestras intenciones se realizan puede ser que una nueva Atenas surja en Francia, y una Atenas más hermosa que la antigua, pues nuestra Atenas ennoblecida por la enseñanza de Cristo será superior a la sabiduría de la Academia. La antigua Atenas sólo podía instruirse con las enseñanzas de Platón, y a pesar de ello florecieron las siete artes liberales. Pero nuestra Atenas estará enriquecida por los siete dones del Espíritu Santo y por eso superará toda la dignidad de la sabiduría terrena" (citado en *La religión y el origen de la cultura occidental*). De esta manera, podemos dar razón a ciertas palabras proféticas que Jenofonte pone en boca de su maestro Sócrates: "sé que también testimoniarán en mi favor el futuro y el pasado, haciendo ver que jamás hice daño a nadie ni volví peor a ninguna persona sino que hacía el bien a los que conversaban conmigo, enseñándoles gratis todo lo bueno que podía" (en *Apología de Sócrates*).

Sócrates veía que la educación de muchos, jóvenes y adultos, quedaba incompleta. Y ahí es donde el maestro, por medio de un trato cercano y amigable, se hace cargo de suplir estas deficiencias.

no sólo era gratuita, sino incluso en detrimento de su patrimonio. Implicó descuidar lo suyo para ocuparse del bien de otros.

En quinto lugar, el cuestionamiento educador "como un padre o un hermano mayor". La educación en la virtud, tarea en principio familiar, no siempre se lleva a plenitud en ese ámbito. Sócrates veía que la educación de muchos, jóvenes y adultos, quedaba incompleta. Y ahí es donde el maestro, por medio de un trato cercano y amigable, se hace cargo de suplir estas deficiencias.

Y finalmente: ajeno a la política. Dice Sócrates: «Quizá pueda parecer

Otro es el caso de Platón: en su juventud había tenido interés en participar en política, quizás postular a un cargo público, pero ahora que veía con gran dolor que habían condenado a muerte injustamente a Sócrates, quien menos lo merecía, cayó en un gran desánimo. No obstante, escribe: «no dejaba de reflexionar sobre la posibilidad de mejorar la situación y, en consecuencia, todo el sistema político» (en la *Carta VII*). Hasta que dio con una solución. Y ella consistía en fundar en un espacio determinado una escuela en la cual el cuestionamiento socrático pudiera ser ejercido a la vez con libertad y con seguridad. En un espacio tal, se evitaría el peligro de exponerse a

Benedicto XVI, discurso del santo padre Benedicto XVI para el encuentro con la universidad de Roma "La Sapienza" (2008).

Platón, *Apología de Sócrates*. Universitaria, Santiago, 2005.

Christopher Dawson, *La religión y el origen de la cultura occidental*. Encuentro, Madrid, 1995.

Jenofonte, *Recuerdos de Sócrates. Banquete/Apología*. UNAM, México, 1993.

Claude Monet, *La barca azul* (1887)

Universidad y ética: un compromiso que no se delega.

de Felipe Vargas Torres
Académico Departamento de Formación Integral
Sede De la Patagonia

La reciente tensión entre la Universidad de Harvard y el Gobierno de Estados Unidos ha puesto de manifiesto un conflicto tan antiguo como vigente: el que existe entre la autonomía universitaria y las políticas públicas restrictivas. En abril de 2025, el gobierno estadounidense condicionó la entrega de fondos federales a la cancelación de matrículas para estudiantes extranjeros y al control de contenidos académicos. Esta medida, que amenazaba con coartar la libre investigación, encontró una respuesta firme por parte de Harvard, que reafirmó su compromiso con la libertad de cátedra y la tolerancia.

Este episodio nos obliga a reflexionar sobre el verdadero propósito de la universidad. No se trata únicamente de un centro de formación técnica, sino de la cuna del pensamiento crítico y el espacio donde se forjan ciudadanos comprometidos con su tiempo. La universidad es un órgano vivo que tiene la responsabilidad de irradiar, a través de sus miembros, una búsqueda constante del bien

común. Por ello, pensar en una ética propia de la universidad es un desafío ineludible. La filósofa española Adela Cortina ofrece claves fundamentales para abordar esta tarea.

En primer lugar, la misión universitaria debe trascender la simple instrucción. Reducir la universidad a una mera proveedora de habilidades profesionales es empobrecer su vocación más profunda: la formación

a la diversidad de perspectivas. Solo así el conocimiento técnico se enlaza con un desarrollo valórico, convirtiendo a la universidad en un verdadero laboratorio de ciudadanía.

Sin embargo, esta formación choca con lo que Cortina denomina los "tiempos de ética domesticada", donde la reflexión moral queda reducida a una función decorativa, subordinada a intereses políticos o de

**Cuando cada miembro de la comunidad
se siente valorado y escuchado, la colaboración
florece y el conocimiento se enriquece.**

integral del individuo. Como señala Cortina (en *Ética cosmopolita...*), el campus debe ser un espacio donde se cultiven virtudes como la honestidad intelectual, que nos impulsa a cuestionar datos y argumentos; la responsabilidad social, que traduce el saber en un compromiso con la comunidad; y la empatía, que nos abre

mercado. En este escenario, la ética se convierte en una simple lista de prohibiciones, incapaz de inspirar un compromiso auténtico. El rol de la universidad es, precisamente, reactivar la dimensión crítica de la ética. Debe fomentar debates sobre dilemas reales y contemporáneos — desde la edición genética hasta los



sesgos de la inteligencia artificial— y promover la responsabilidad personal para actuar con integridad.

Esta perspectiva ética, además, no puede quedarse dentro de las fronteras nacionales. En un mundo globalizado, Cortina propone un “cosmopolitismo ético” que nos invite a reconocer a todo ser humano como “participante potencial de una república mundial”. La universidad, entonces, no solo difunde saberes, sino que promueve una solidaridad transnacional, formando profesionales conscientes de las desigualdades globales y dispuestos a colaborar en la búsqueda de soluciones equitativas. Esto exige que la inclusión deje de ser un ideal retórico y se convierta en una práctica cotidiana a través de

programas de estudio plurales y el fomento del intercambio cultural. Finalmente, para que estas ideas no queden en el aire, es necesario construir lo que Cortina llama una “ética cordial”, basada en el reconocimiento recíproco y la solidaridad afectiva. En la práctica, esto se traduce en fortalecer el sentido de comunidad: crear espacios de diálogo respetuoso, programas de mentoría y comités de mediación. Cuando cada miembro de la comunidad se siente valorado y escuchado, la colaboración florece y el conocimiento se enriquece.

En definitiva, y lejos de ser un simple depósito de teorías, la universidad es un laboratorio vivo de ciudadanía. Frente a las presiones políticas o de mercado que buscan limitarla, su mi-

sión es defender con más fuerza que nunca su autonomía y su vocación formativa integral. Solo así se garantizará que la “cuna del pensamiento” siga generando no solo excelentes profesionales, sino también ciudadanos dotados de una ética robusta, capaces de enfrentar los desafíos de un mundo plural y complejo.

Adela Cortina, *Ética mínima*. Tecnos, Madrid, 1986.

Adela Cortina, *Ética de la razón cordial, educar en la ciudadanía en el siglo XXI*. Nobel, Madrid, 2009.

Adela Cortina, *Ética cosmopolita, una apuesta por la cordura en tiempos de pandemia*. Planeta, Madrid, 2021.

Alan M. Garber, *The promise of American higher education* [Carta a la comunidad de Harvard]. U. de Harvard, 2025, 14 de abril.

Remedios Varo. *Bordando el manto terrestre* (1961).



Pensar (la educación) en tiempos de posverdad.

de Álvaro Ópitz Ben-Hour
Director de carrera Nutrición y Dietética
Sede De la Patagonia

No podemos pasar por alto la urgencia de repensar la formación docente. La era digital ha traído consigo una transformación profunda en el acceso a la información: inmediata, emocional, y muchas veces sin filtro. Esta vorágine ha dado paso a un fenómeno tan inquietante como reciente: la posverdad. No se trata de un concepto nuevo —el conflicto entre verdad, creencia y discurso viene desde los griegos—, pero sí de una forma moderna de disfrazar la mentira, revestida de

en jaque la calidad de la información, sino también la legitimidad del educador, la credibilidad institucional y, sobre todo, la disposición del estudiante a buscar la verdad. La velocidad se impone al juicio, la emoción al argumento, y la opinión al conocimiento. En este escenario, ¿qué lugar queda para la verdad como fundamento educativo? Y frente a eso, ¿cuántos han transformado su aula —virtual o física— en un espacio de fidelización, no solo de enseñanza?

No sólo lo digital hoy pone en jaque la calidad de la información, sino también la legitimidad del educador, la credibilidad institucional y, sobre todo, la disposición del estudiante a buscar la verdad.

emociones y fenómenos virales. ¿Qué ocurre cuando esto se introduce en la educación?

Debiéramos pensar en cómo afecta directamente los procesos de formación. No sólo lo digital hoy pone

Si educar en la verdad hoy parece ingenuo, es precisamente porque hemos convertido el acto de dudar en una rareza. Dudar no como signo de ignorancia, sino como herramienta de libertad. La academia está llamada, más que nunca, a defender esa duda

activa frente a un entorno saturado de certezas emocionales. El nativo digital, acostumbrado a la inmediatez, puede cargar con una intolerancia estructural a la frustración, a lo incierto, a lo improbable. Y es ahí donde la posverdad hace su festín. Paradójicamente, la tecnología que facilita la posverdad también puede ser su antídoto (véase *Educando contra la posverdad...*). Verificadores de hechos, inteligencia artificial, alfabetización digital: todas herramientas posibles. Pero ninguna servirá si no se cultiva el pensamiento crítico. Porque si renunciamos a ejercerlo, no es la mentira la que gana, sino nuestra comodidad. La educación necesita abrazar su rol en voluntad de verdad.



Aina Fernandez Aragones & Luis Enric Camon. *Educando contra la posverdad. La alfabetización informacional como estrategia para hacer resilientes a los menores en el consumo digital*. ZER: Revista De Estudios De Comunicación = Komunikazio Ikasketen Aldizkaria, 25(48), 2020, pp. 309-327.

Seymour Joseph Guy, *Unconscious of Danger* (1865)

Profesionales en el desarrollo de Chile

La postal de los cruceros.

de Daniel Barrera Sáez
Académico Departamento de Formación Integral
Sede De la Patagonia

A lo largo de mi trayectoria profesional, tuve el privilegio de participar activamente en el proceso de modernización portuaria de nuestro país, con especial énfasis en el desarrollo del turismo de cruceros y sus enormes posibilidades en Chile. Esta labor, que exigió una rigurosa mirada técnica y una gestión administrativa eficiente, fue también una oportunidad para poner al centro valores fundamentales: el compromiso con la comunidad, el servicio público y el desarrollo integral de las ciudades y sus habitantes. En Puerto Montt, esta actividad no solo impulsó el crecimiento urbano, sino que mejoró la calidad de vida de muchas personas, transformando realidades y abriendo nuevas oportunidades.

buscan ser una humilde contribución a ese sentido humano y valórico que da verdadero sentido a nuestra profesión.

Con fecha 6 de septiembre del 2024, fui invitado por la Escuela de Ingeniería en gestión de expediciones y ecoturismo, a dictar una charla sobre la actividad de cruceros en la zona sur, a un grupo seleccionado de emprendedores de Maullín (ciudad a 80 kilómetros de Puerto Montt), en un proyecto que dicha escuela se adjudicó a través de un programa de Vinculación con el medio.

Con anterioridad, en mayo del año 2018, había sido invitado por la Escuela de Ingeniería comercial, de la actual facultad de Economía, negocios y gobierno, a dar una charla

era dotar a Chile de Puertos de clase mundial, para enfrentar los desafíos que imponía la firma de Acuerdos de Libre Comercio y avanzar con Chile hacia el tan anhelado desarrollo, incluía también, la profesionalización de los puertos.

Fue entonces cuando el gobierno de la época me designó presidente de la Empresa Portuaria Puerto Montt, por decreto del presidente de la República Eduardo Frei Ruiz-Tagle. Cargo que seguí desempeñando con presidentes que lo siguieron. Fue en esa función que, buscando alternativas de negocios portuarios, pusimos los ojos sobre la actividad del turismo de cruceros y sus posibilidades en Chile, negocio que el país no conocía.

Para las ciudades-puerto, sentirse parte activa del mundo del turismo con la llegada de cada crucero representó un impulso generalizado de entusiasmo por servir y compartir.

Así como la Universidad San Sebastián promueve la excelencia académica, también cultiva la formación de profesionales comprometidos con su entorno. Desde esa convicción, hoy deseo compartir mi experiencia con las nuevas generaciones, especialmente a través de mi labor docente en la sede de la Patagonia. Las líneas que siguen a continuación

sobre el mercado de cruceros, en la sede Patagonia de la USS. El lector se preguntará: ¿de dónde nace todo esto? Hago memoria y la historia comienza un poco más atrás.

Cuando se inició el proceso de modernización portuaria, con la dictación de ley 19.542 de fecha 19 de diciembre de 1997 cuyo objetivo

Desde Puerto Montt, iniciamos la coordinación de los diez puertos chilenos y buscamos la asociación con puertos de Uruguay y Argentina, posteriormente se incorporó Ecuador. Creamos así, la Asociación de Puertos de Cruceros del Conosur, Surcruise, cuya presidencia ejercí por varios años. En esa condición fue que participamos en ferias mundiales

de cruceros y dimos a conocer a los armadores (empresas propietarias de las naves) el circuito que los puertos estábamos dispuestos a asumir, que era el track Valparaíso-Buenos Aires-Valparaíso; las condiciones de seguridad, servicios, tarifas, etc. Modelamos el negocio. Según cifras actuales, este negocio le genera al país 130 millones de dólares anuales. Es así, que, en el mes de octubre de cada año, la prensa nacional destaca cómo viene la temporada de cruceros para Chile con una estimación de turistas que arribarán en esas naves a cada ciudad.

Sin embargo, más allá del negocio quisiera rescatar en esta columna -como señalé en la introducción-, el impacto sobre la calidad de vida de las personas el haber participado en el desarrollo de esta actividad.

En primer lugar, los trabajadores de los puertos mejoraron significativamente su calidad de vida y de sus familias al incorporarse en tareas que les generaba ingresos adicionales, por las nuevas actividades a cumplir y, en segundo lugar, los incorporaba a un nuevo mundo, el de los turistas de cruceros, lo que los hizo sentirse valorados como personas, más allá de sólo atender cargas.

Es importante señalar que los puertos fueron concebidos para transferir cargas, no para atender pasajeros, de ahí la importancia de la colaboración de los trabajadores portuarios en el desarrollo de este nuevo negocio.

Para las ciudades-puerto, sentirse parte activa del mundo del turismo con la llegada de cada crucero representó un impulso generalizado de entusiasmo por servir y compartir. Ver a los habitantes de la ciudad y a quienes nos visitan durante la temporada de cruceros tomarse fotografías, conversar alegremente en la costanera y a familias que

desean llevarse un recuerdo de cada recalada, resulta profundamente reconfortante. Cada vez que un crucero aparece en la bahía, la ciudad entera se transforma en una postal más alegre, atractiva e interesante. Me atrevería a decir que, ese día, todos somos un poco más productivos en nuestras actividades cotidianas.

A propósito de lo anterior, invito a los estudiantes de la Universidad San Sebastián a cultivar la curiosidad intelectual y el asombro filosófico, e involucrarse activamente en la discusión de las políticas públicas tanto regionales como nacionales. Temas como el desarrollo de la actividad marítimo-portuaria en la Región de Los Lagos o la nueva ley de

cabotaje, por ejemplo, son espacios donde se requiere una mirada crítica y comprometida. No olvidemos que el propósito de la universidad no es solo formar profesionales competentes, sino también buenos ciudadanos y, sobre todo, excelentes personas.

Finalmente, quiero invitar a los jóvenes a no tener pereza intelectual para pensar Chile; más allá de las legítimas reivindicaciones económicas por el esfuerzo familiar de financiar una carrera universitaria, y recuperar lo invertido, recuerden que tienen una responsabilidad profesional ética ineludible con el bien común de la sociedad; sólo así, se estarán acercando a encontrar la felicidad, como lo señaló hace varios siglos Aristóteles.



La universidad como comunidad humana.

de Marcia García Barria
Académica Departamento de Formación Integral
Sede De la Patagonia

Cuando pensé en este título, me pregunté si acaso la universidad debía sólo entregar conocimientos y herramientas técnicas, es decir, únicamente lo necesario para que los y las estudiantes puedan desenvolverse en el mundo del trabajo; únicamente lo indispensable para ganar dinero y estatus. Y me lo pregunté porque, a pesar de todo lo que se pueda decir en contra de esta perspectiva materialista, no sería extraño sentirlo así: como un centro de capacitación profesional. Se puede sentir a veces que el desarrollo personal, el crecimiento como ser humano, la vocación de servicio a los otros, cualidades idealmente vinculadas con la universidad, van en retroceso o han desaparecido.

Sin duda, la universidad ha sido históricamente el núcleo del desarrollo intelectual y cultural de las sociedades, ofreciendo herramientas para comprender el mundo y cultivar el pensamiento crítico. Sin embargo, esta función debe ir más allá de la conservación del saber: la universidad debe ser un espacio de creación de conocimiento, pero también donde se interrelacionen la reflexión, la investigación y la formación integral del ser humano.

A partir de mi experiencia como docente me consta que dentro del aula nos encontramos con una diversidad de realidades y situaciones de vida que los estudiantes traen

consigo; historias complejas, que muchas veces no consideramos. Uno gravita naturalmente a poner todo el énfasis en el aspecto cognitivo; en la entrega de los contenidos fijados en los programas. Pero con el tiempo he aprendido que la labor del docente va más allá de transferir conocimientos. Hoy me parece tanto más relevante la capacidad de conocer el grupo con el que trabajamos, sus características; conceder momentos dentro de la clase para preguntar "¿cómo están?", "¿cómo se sienten?", "¿alguien quiere compartir algo?". Me ha parecido valioso que los estudiantes perciban que el profesor es una persona con sentimientos, quien, además de entregar sus conocimientos, es capaz de escuchar; que se sientan valorados.

Ahora bien, ¿por qué habrían de ser importantes estos aspectos sentimentales en una institución del conocimiento?

A mi juicio, porque resultan pedagógicamente decisivos, en el sentido más amplio y profundo de la palabra. Las habilidades emocionales (piénsese en la así llamada "alfabetización emocional") y éticas no se forman especialmente bien de manera teórica, sino que requieren del cultivo de ciertos espacios prácticos, y especialmente, el emplazamiento del ejemplo personal. Quiero decir que la calidez emocional no sólo ofrece una buena atmósfera para

la enseñanza, sino una ilustración concreta de cómo la empatía facilita cualquier relación humana, sea en la vida privada, profesional o pública. Quien se da el trabajo de escuchar a otro, aprende en ello cómo hablarle.

Es por lo anterior que tengo la convicción de que la universidad, en su esencia, no es solo un lugar dedicado a la adquisición de conocimientos técnicos o científicos; es, ante todo, una comunidad de aprendizaje *humana*, que debe fomentar el crecimiento personal, ético, social y cultural de quienes forman parte de ella.

La convivencia con personas de distintos orígenes, ideologías y culturas favorece la diversidad y el respeto mutuo, desarrollando habilidades sociales y fomentando la empatía. Este entorno variado es un laboratorio de ciudadanía donde se aprende a dialogar, a resolver conflictos y a construir en comunidad. Finalmente, la experiencia universitaria debería considerarse una etapa de búsqueda de sentido y proyecto de vida, en donde, los jóvenes no solo eligen una carrera, sino que comienzan a definir quiénes son, qué quieren aportar al mundo y cómo desean vivir.

Es decir, la universidad es y debe ser mucho más que un espacio académico. La experiencia nos dice que es un escenario de transformación humana. Cuando cumple plenamente su misión, aporta a formar personas más libres, conscientes, responsables y comprometidas.

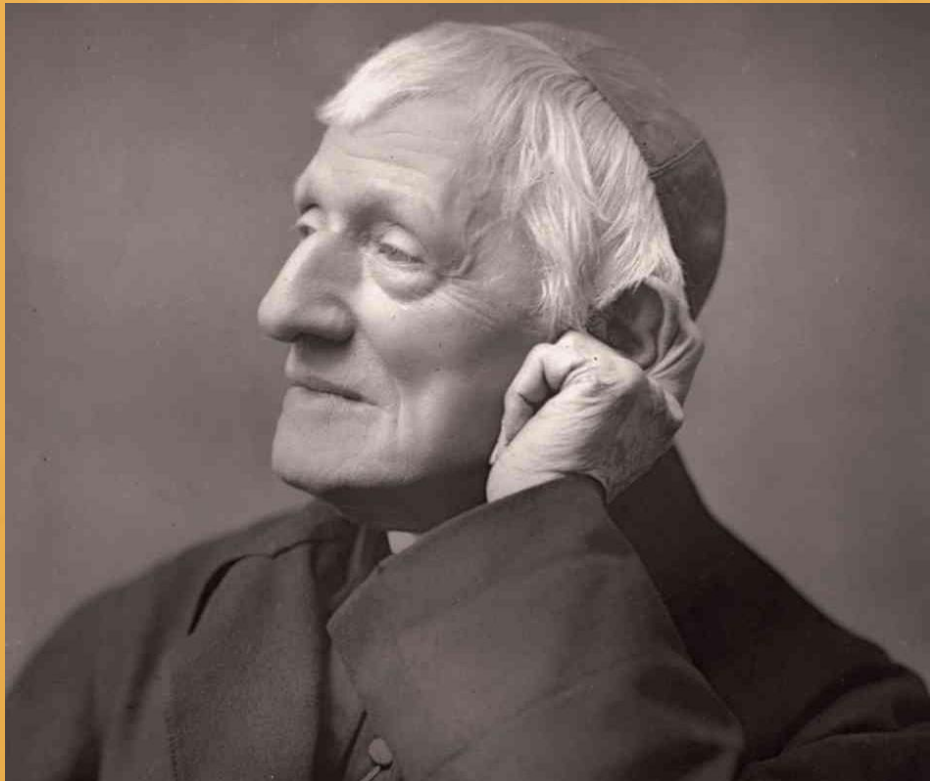
...la experiencia universitaria debería considerarse una etapa de búsqueda de sentido y proyecto de vida.



 Daniel Goleman, *La inteligencia emocional*. Kairós, Barcelona, 2018.

Natalio Extremera, Pablo Fernández, *Inteligencia emocional y educación*. Grupo G 5, Madrid, 2016.

 Egon Schiele, *Devotion* (1913)



“Una universidad es una comunidad
de maestros y alumnos dedicada
a la búsqueda de la verdad”

John Henry Newman

Teólogo, académico, filósofo y escritor inglés



Desde el aula

Trabajos estudiantiles

De las neonatas ideas.

Por Gian Franco Avendaño Uribe

¿Aprendizaje... Activo o conformista?

Por Javiera González Martínez

Humanidades y medicina, ¿mutuamente excluyentes?,

Por Sofía Castro Bambs

La comodidad no educa,

Por Ema Vergara Arriagada



De las neonatas ideas.

de Gian Franco Avendaño
Estudiante de Psicología,
Sede Concepción

¿Qué elementos materiales o inmateriales forman e informan a una cuna del pensamiento como la institución universitaria? Una forma de acceder a una posible respuesta consiste en hablar de lo que se ofrece a los estudiantes como sostén para su formación: lo que Winnicott llamó *holding* y *handling* (véase *Psicopatología del niño*).

Hagamos una fenomenología del estudiante en un día en particular: se cruza un puente, con lluvias torrenciales; se llega al espacio abrasador, la sala; el profesor, quizás lucha aún

por un estacionamiento. La fábula tiene su encanto, sin olvidar tampoco el entorno natural que nos acompaña; ahí despierta el pensamiento, en uno mismo. Más de uno incluso. Pensamientos como, siguiendo en nuestra descripción, la contaminación del agua, el sueño de poder nadar en ellas, su valor estético.

Nacen ideas tan potentes. Hermosas y dignas de la experiencia de la *Universitas* de la que hablaba Ratzinger (véase *Joseph Ratzinger y la universidad*)... Pero si seguimos en nuestra fenomenología estudiantil,

atención para con las neonatas ideas que brotan y claman ser tomadas en cuenta. El llanto tan propio del niño ya se ha escuchado, pero sus necesidades son confundidas, y así surge el *handling*, necesario pero no suficiente, ligado al cuidado físico del bebé; en otras palabras, para describir la cuna del pensamiento, no basta con la sola existencia del atardecer y la laguna, no bastará tener ascensores o techumbre en buenas condiciones, si no hay forma de que el estudiantado y sus representaciones sean orientadas en su individualidad, no en los vagos

potencial, tanta forma de estructurar pensamientos interesantes. Por eso se quiere la educación, con amor, pues surge del estudiante, y en cambio nada de eso ocurre, lo sabemos, con quien no deja que se establezca ese vínculo con su alma mater, con su madre en esta metáfora, con quien se niega, justamente, a que desde la cuna nazca lo que ha de nacer y se espera que nazca.

Podemos afirmar que en la actualidad de la universidad se hace importante no sólo revisar los materiales propios de nuestra cuna, sino también cómo

Por eso se quiere la educación, con amor, pues surge del estudiante, y en cambio nada de eso ocurre, lo sabemos, con quien no deja que se establezca ese vínculo con su *alma mater*, con su madre en esta metáfora, con quien se niega, justamente, a que desde la cuna nazca lo que ha de nacer y se espera que nazca.

son tantas voces gritando, entrando y saliendo, las que parecen perderse entre la muchedumbre, y ¿habrá cuna que resista tanto pensamiento? El saber universitario entrega la conciencia de la importancia de lo esencial frente a lo superficial, de lo inmaterial sobre lo material, del *eidos*. De las fuertes vigas de esta universidad, depende que se entregue el *holding* necesario a aquellos que reposan plácidamente sobre la cama del conocimiento.

El *holding* hace referencia al sostenimiento emocional, al cuidado inmaterial e intelectual del bebé, aspecto al que habría que tomar

tratos estandarizados, sino llevados a lo propio de la dignidad humana.

Esto lleva a la necesidad de introducir otros elementos para la reflexión: la responsabilidad individual, estructural e institucional, y la manera en que juegan todos los elementos antes mencionados. Es decir, el problema mismo nos hace pensar en una mayor y más profunda inclusividad, desde la naturaleza misma del pensar y las ideas humanas.

Esta idea de cuidado la podemos encontrar en la experiencia; en las evaluaciones de antropología, por ejemplo, logramos ver tanto

estamos atendiendo a esos delicados pensamientos que aguardan en ella, extraña entre necesidad y libertad.

Daniel Marcelli y Julián de Ajuriaguerra, *Psicopatología del niño*, Masson, Barcelona, 2005.
Sara Gallardo, Joseph Ratzinger y la universidad, en «*Cuadernos de pensamiento*», 2017,
 Hugues Merle, *Mère et enfants* (c. 1840)

¿Aprendizaje ...activo o conformista?

de Javiera González Martínez
Estudiante de Medicina Veterinaria,
Campus Bellavista

Si según Aristóteles "todos los seres humanos desean por naturaleza saber" (en la *Metafísica*), ¿por qué solemos conformarnos con lo mínimo? ¿Por qué preferimos repetir lo que se nos dice sin cuestionar ni profundizar? Tal vez estamos acostumbrados a que se nos entregue conocimiento listo para ser memorizado, más que buscarlo activamente o hacerlo propio.

A veces no elegimos todo lo que estudiamos, porque no siempre se trata de elegir lo que más nos gusta o lo que creemos útil, pero eso no significa que no podamos encontrarle sentido. Hay un valor en aprender a querer lo que hacemos, en ponerle atención y curiosidad, incluso con esos contenidos que

no elegimos directamente. Cuando cambiamos la actitud con la que nos enfrentamos al estudio (y a la realidad) podemos encontrar sentido en lugares inesperados. Esta disposición de comprometernos con lo que nos toca, más allá del gusto o

cruzar. Aprender no es sólo pasar las solemnidades, también es poder formar una mirada crítica, generar instancias para intercambiar opiniones y así lograr empatizar y comprender otras perspectivas. Compartir lo que aprendemos con otros es parte

Cuando cambiamos la actitud con la que nos enfrentamos al estudio (y a la realidad) podemos encontrar sentido en lugares inesperados.

la obligación, es una forma de crecer, de descubrir nuevas capacidades y de convertir el aprendizaje en algo verdaderamente nuestro. Cada ramo, incluso el que menos nos gusta, puede abrir una puerta que no sabíamos que queríamos

fundamental de esta experiencia; a veces una conversación con un compañero, una idea que surge en grupo o una duda que alguien acota en clases puede complementar nuestro aprendizaje.



La universidad se conoce como lugar de formación profesional, pero también es, o debería ser, un espacio de transformación personal; es el momento ideal para hacernos preguntas, compartir ideas, explorar nuevos intereses, y si nos equivocamos, no tener miedo de pedir ayuda. Sin embargo, no siempre vemos esta motivación; muchas veces pareciera que vemos algunos ramos formativos como una pérdida de tiempo, pero la verdad es que

todo tiene su motivo y se le puede sacar provecho.

Desde esta base podemos pensar en que las clases, y la universidad en general, no sean un lugar donde escuchamos en silencio lo que los profesores nos dicen, y que empecemos a crear espacios vivos,

donde podamos hacer preguntas, debatir, compartir nuestras opiniones y participar activamente en nuestro aprendizaje; generar espacios de diálogo, apropiándonos de nuestros espacios y sin conformarnos, significa no sólo acumular conocimiento, sino hacerlo vivo, y compartirlo.

Aristóteles. *Metafísica*. Alianza, Madrid, 2006.

Norman Rockwell, *Visitando a una escuela rural*. (1946)



Humanidades y medicina, ¿mutuamente excluyentes?

de Sofía Castro Bambs
Estudiante de Medicina,
Campus Bellavista

La universidad es un espacio de aprendizaje, pero no debería reducirse a una rutina de asistir a clases, volver a casa y repetir lo mismo cada día. El desafío de cada institución educativa es entregar las herramientas para que los estudiantes aprendan a crear y generar conocimiento relevante. ¿Cómo ocurre este proceso? Ciertamente el conocimiento trasciende a los libros, las aulas y los patios. El conocimiento se forja en cada estudiante cuando algo le hace "clic" internamente, cuando comprende que hay un propósito detrás de su formación, y que este propósito va más allá del título universitario. El propósito de

adquirir conocimiento es ponerlo a disposición de los demás.

En este punto es importante decir que las universidades no solo forman profesionales, forman personas. Y para ello, la tarea recae ampliamente en las y los docentes. La docencia implica enseñar con palabras, al igual que con el ejemplo. Por lo cual, adquiere un carácter trascendental, cuando se considera que es no solo el conocimiento, sino también la experiencia y los valores los que se transmiten.

No sorprende entonces que Hipócrates postule: "A aquel quien me

enseñó este arte, le estimaré lo mismo que a mis padres" (en su *Juramento*). Demostrando gratitud, y asimismo, estima a quienes le educaron. Siendo fiel reflejo del vínculo académico que se establece entre docente y estudiante, por lo cual, docentes idóneos son necesarios para formar personas idóneas.

Fue precisamente Hipócrates quien siendo médico, escribió el conocido Juramento Hipocrático, escrito que hasta el día de hoy sienta las bases de la práctica médica, y cuyo juramento es un hito de egreso para cada médica y médico.

Muchos tal vez entran a medicina pensando que lo importante es aprender anatomía y las técnicas necesarias para saber diagnosticar bien, así como dónde hacer la incisión, cuánto medicamento indicar o cuándo suministrar oxígeno. Si bien son conocimientos necesarios y muy útiles en la práctica, la médica o el médico que la sociedad necesita debe ser más que una colección de datos clínicos. La medicina es el arte de saber hacer. Y como cualquier arte, se ejercita, se aprende.

El estudiante de medicina debe saber historia, porque sin memoria estamos condenados a repetir los errores del pasado, y porque hay muchas experiencias en la historia de la medicina que son cruciales para estar preparados para los grandes desafíos de salud global, incluyendo las próximas pandemias y desastres. Debe saber de ética, para aplicarla en su profesión en todo momento. Debe saber de literatura para ejercer

enfermos" (Marcos 2:17). Esto implica que nuestra profesión se basa en tratar con personas que se acercan a buscar ayuda médica algunas veces de forma preventiva, para mantenerse sanos, pero la mayoría de las veces ante la incertidumbre de una enfermedad o ante el dolor de un diagnóstico. Aprender a relacionarnos con personas que se encuentran en una condición vulnerable requiere tener las herramientas técnicas, emocionales y habilidades sociales para garantizar una atención de salud digna y compasiva.

Por todo esto, la formación médica no puede estar exenta de humanismo, y el día de hoy se vuelve cada vez más necesario. Con el creciente desarrollo de la inteligencia artificial, debemos volver a la base de nuestra existencia para poder definir qué nos hace humanos. ¿El conocimiento? No, pues un sistema de recolección de datos retiene más información que la que cualquier ser humano jamás

El conocimiento se forja en cada estudiante cuando algo le hace “clic” internamente, cuando comprende que hay un propósito detrás de su formación, y que este propósito va más allá del título universitario.

el conocimiento con pensamiento crítico. Debe saber de comunicación, a fin de poder expresarse y también escuchar a sus pacientes y las comunidades. Debe saber de psicología, para cuidar del cuerpo y cuidar de la mente, en su conjunto, conforme a la filosofía aristotélica.

Ante los desafíos del Chile actual es relevante enfatizar el rol social de la medicina, porque “los sanos no tienen necesidad de médico, sino los

podría. No se trata de conocimiento, sino de cómo lo aplicamos. En aplicar el conocimiento está el verdadero aprendizaje. La misión de la universidad es guiar este aprendizaje, por ende, la creciente integración de ramos humanistas en el curriculum de medicina es el camino de formación que necesitamos para convertirnos en actores relevantes de los cambios que la salud de nuestro país necesita. Las humanidades nos hacen -precisamente- más humanos.



William Wood, *The genuine works of Hippocrates*, New York, 1886, vol. 2, pp. 278 ss.



Asclepio, dios griego de la medicina, imponiendo sus manos sobre una mujer enferma. 400 a.C

La comodidad no educa.

de Ema Vergara Arriagada
Estudiante de Licenciatura en Filosofía,
Sede Concepción

“¿Y esto para qué sirve?”, escuché preguntar a un estudiante con tono sincero al terminar una clase. El profesor respondió casi sin pensarlo: “Para el examen”. Algunos rieron con complicidad, otros simplemente asentían. Nadie lo cuestionó. Nadie pareció notar que, detrás de esa respuesta automática, había una oportunidad perdida: la de pensar más allá del marco evaluativo. En silencio me pregunté por qué esa escena me incomodó tanto. Quizás porque no era la primera vez que lo escuchaba. Quizás porque se acostumbra a estudiar para aprobar y no para comprender.

Pensar, sin duda, es incómodo. Y debería serlo. Requiere detenerse, enfrentarse a la duda, incluso admitir que no se entiende algo. Pero en muchas aulas, lo incómodo parece estar fuera de lugar. El sistema educativo —más preocupado por medir resultados que por incentivar a las preguntas— muchas veces se convierte en un espacio donde lo importante es cumplir y avanzar. Memorizar conceptos, repetir fórmulas, rendir bien en la prueba final. ¿Y el pensamiento? A menudo queda relegado al margen, como si fuera un privilegio de pocos, no una necesidad de todos.

Hoy, muchos estudiantes —quizás por cansancio, o por simple hábito—



parecen preferir aprobar ramos sin detenerse a pensar críticamente. No es que no tengan la capacidad, sino que a veces se hace sentir que pensar no sirve, que es más práctico pasar. Se estudia para rendir una prueba, no para confrontar una idea. Ante esta tendencia, me pregunto: ¿cuándo fue la última vez que alguien levantó la mano para disentir, no por insolencia, sino por deseo genuino de comprender mejor?

Por su parte, los docentes tampoco lo tienen fácil. Condicionados por currículos extensos, tiempos acotados y una cultura de resultados, muchas veces enseñan movidos por la inercia más que por su pasión. No es desinterés, sino falta de espacio real para detenerse a pensar con los estudiantes. Han dejado de exigir

Pensar de verdad exige tiempo, riesgo y hasta fracaso: tres condiciones que el ritmo académico actual rara vez permite. Entre controles, trabajos, exposiciones y pruebas, ¿cuándo nos permitimos detenernos y reconocer que no comprendemos algo del todo? ¿Para repensar una idea? ¿Para cambiar de opinión? El pensamiento profundo necesita pausa, necesita silencio, necesita el permiso de no saber.

Pero también requiere valor: el riesgo de decir algo distinto, de incomodar, de errar frente a otros. Y sí, muchas veces también exige fracasar. Porque hay ideas que no cuajan a la primera, textos que no se entienden del todo, intuiciones que se desarmen en el camino. Sin ese margen de error —humano, formativo, necesario— no

en cambio, exige implicarse: con uno mismo, con los otros, con el mundo. Y eso, aunque más difícil, es infinitamente más valioso.

La calidad de la educación que recibimos no depende solo de los contenidos o de quien los imparte, sino —en gran medida— de la actitud con la que los estudiantes los enfrentamos. Podemos recibir el mejor curso y aún así no aprender nada si solo pasamos por él como trámite. La profundidad de los conceptos, el sentido que le damos a lo aprendido, el modo en que lo aplicamos o lo cuestionamos... todo eso nace también de nuestra disposición a involucrarnos.

La autogestión no es solo organizar un horario o entregar tareas a tiempo.

Entre controles, trabajos, exposiciones y pruebas, ¿cuándo nos permitimos detenernos y reconocer que no comprendemos algo del todo? ¿Para repensar una idea? ¿Para cambiar de opinión? El pensamiento profundo necesita pausa, necesita silencio, necesita el permiso de no saber. Pero también requiere valor.

pensamiento, sí, pero también porque en muchos casos se les ha quitado la libertad para provocarlo.

La universidad —como toda institución educativa— aspira, al menos en el discurso, a ser cuna del pensamiento: un espacio donde nacen ideas, se cultiva la duda y se ejercita la libertad intelectual. Esa es la promesa. Pero en la práctica, ¿cuántas veces se cumple? ¿Cuántas veces nos detenemos a pensar si estamos ahí para aprender o simplemente para cumplir? Muchas universidades se han convertido, sin declararlo, en terminales de paso: lugares por donde se transita rápido, con la mirada puesta en el título más que en el trayecto. Se entra, se cumple, se egresa. Pero pensar —de verdad— no siempre tiene cabida en ese ritmo.

hay lugar para la filosofía, la ciencia, el arte... ni para la transformación real que la universidad debería alentar.

La universidad puede —y debe— ser cuna del pensamiento, pero eso sólo es posible si nosotros, los estudiantes, nos atrevemos a incomodarnos con las ideas, a no huirle a la contradicción, a sostener una duda sin resolverla de inmediato. Pensar no es repetir, es dialogar con lo que nos rodea, dejarse tocar por lo complejo, animarse a reformular lo que creíamos seguro. La universidad puede entregar las condiciones, pero somos nosotros quienes debemos encender el fuego de la reflexión.

Porque no se trata solo de aprobar. Aprueban también los que no entienden, los que memorizan, los que repiten sin pensar. Transformarse,

Es asumir que aprender no es un favor que se nos hace, sino un proceso que elegimos protagonizar. Puede parecer una idea simplista, pero es, en realidad, el punto de partida para cualquier transformación. Porque crecer, en el fondo, no es recibir respuestas, sino salir a buscar las propias.

Tal vez no todos están dispuestos. Tal vez pensar de verdad no sea popular. Pero sin estudiantes que se atrevan a preguntar, disentir y volver a empezar, la universidad pierde su sentido más profundo. ¿Te atreves a fallar para pensar? ¿O prefieres seguir pasando sin cuestionar?

 Jean Beraud, *The wait* (c. 1900)



Jorge Millas

No es muy natural pensar en el lugar que ocupa la filosofía en nuestro país y en las personas que la practican: si no hay un grado de relación con este campo, la idea de que exista alguien con la inteligencia, conocimiento, elocuencia y originalidad de Jorge Millas Jiménez (1917-1982) puede parecer algo inverosímil y sorprendente. Así, la tarea de dar reconocimiento a nuestros propios pensadores se vuelve urgente, y rescatar su vida y sus ideas se convierte en un ejercicio necesario e ineludible.

Por Nathalia Lucero Díaz

Académica Departamento de Formación Integral.

Su vida

El profesor Jorge Millas nació en Santiago de Chile y falleció en la misma ciudad 65 años después. Su gran capacidad intelectual destacó desde sus primeros años de estudio, la que fue convenientemente reforzada con su ingreso al Instituto Nacional Barros Arana y con las amistades que allí hizo: Luis Oyarzún, Hermann Niemeyer, Carlos Pedraza y Nicanor Parra, todos personajes notables de la escena erudita de nuestro país.

De intelectualidad inquieta, cursó Leyes, Historia y Filosofía en la Universidad de Chile; obtuvo un máster en Sociología, inició sus estudios de doctorado en Filosofía (aunque se vio impedido de terminarlos) y adquirió un *master of arts* en Estados Unidos; con estos títulos bajo el brazo, se dedicó a dictar clases en la Universidad de Chile (a la que renunció después de publicar *La Universidad Vigilada* en 1975), en las universidades de Puerto Rico y de Columbia como profesor visitante y la Universidad Austral, en Valdivia, donde estuvo hasta su retiro definitivo de la docencia. Con este compromiso con la academia, tanto para su propia formación, como para la de las futuras generaciones, no es de extrañar que asumiera el rol de *guardián de la esencia de la universidad*, identificando, a través de una aguda contemplación de la situación de las universidades en su época, qué debe caracterizar a una casa de estudios superiores, cuál debe ser su misión y cuán cerca o lejos se encontraban de este ideal.

Su pensamiento y legado

De acuerdo con Jorge Millas, la universidad tiene una *sustancia*, una forma de ser que le es propia y, por lo tanto, su misión

debe estar en la misma línea. Para él, las universidades deben ser, primero, "el lugar de creación de ciencia"¹ No debe entenderse por esto una preferencia por las ciencias empíricas, sus métodos y sus resultados, sino que ciencia en tanto que "disciplina racional de la inteligencia"², es decir, la universidad es, en esencia, el lugar en que se generan conocimientos. Para que esto se cumpla, las universidades deben, en primer lugar, ser *democráticas*, esto es, ser el lugar donde las personas se valoran como iguales porque todos trabajan en la búsqueda de la verdad³, lo que implica dos aspectos: el primero, ser también un espacio que propicie el "pensar racional libre y antidogmático"⁴, y en segundo lugar, tener certeza de que las personas que trabajan buscando la verdad para generar conocimientos, "gozan de la misma calificación intelectual y moral"⁵ para pertenecer a una universidad: ninguna otra característica, ningún otro título o nominación debe pesar más que esto para ser merecedor de un lugar en ellas.

Segundo, según el filósofo chileno, la universidad también es responsable de la *movilización social del conocimiento*⁶ generado y está "indiscutiblemente al servicio de la sociedad", pues no tiene otra opción. En este sentido, respetar la esencia de la universidad es comprender su rol como punto "cúlmine del proceso educativo"⁷; aceptarla como una oportunidad para que la sociedad tenga herramientas de conservación y autoperfeccionamiento por sobre el bienestar individual de los sujetos que la constituyen y que es norma de la sociedad y no su reflejo: la universidad es la única que hace del saber su objeto⁸, por lo tanto, si fuera el reflejo de la sociedad, esa misión se perdería, pues las sociedades no siempre tienen el saber como prioridad.

¹ Jorge Millas. *Idea y defensa de la universidad*, p. 121)

² Ibid. p. 111

³ Ibid. p. 49

⁴ Ibid. p. 56

⁵ Ibid. p. 50

⁶ Ibid. p. 121

⁷ Ibid. p. 63

⁸ Ibid. p. 73

Cuando no se respeta la sustancia de la universidad se la transforma en instrumento para conseguir determinados fines. Por ejemplo, la universidad "es digna de confianza, no requiere tutela y no puede ser tratada como una empresa más del país"⁹ ni como un medio para fines políticos. Asimismo, los científicos que la integran deben difundir su disciplina en tanto que "forjadora de verdades y alimento de la inteligencia"¹⁰ y no como promotora del desarrollo material, por eso, la investigación debe ser practicada como una forma de creación de conocimiento y, por lo mismo, llevar a cabo una búsqueda rigurosa de este¹¹, asumiendo que está en constante cambio, lo que no significa que la esencia de la universidad mute.

Otro gesto contrario a la esencia de la universidad es la burocracia¹², porque obstaculiza la investigación y trunca la búsqueda de conocimientos, por lo tanto, las personas que colaboran en una casa de estudios superiores, aunque que no se dediquen directamente a la docencia e investigación, deben trabajar para conseguir alinear la universidad con su ser propio, esto es, hacer del saber su objeto, produciendo conocimiento y propiciando su divulgación. Cualquier gesto contrario es desconocer el valor de la universidad en cuanto tal.

Con este análisis perspicaz a la universidad en su tiempo, Jorge Millas nos deja con la obligación de ser examinadores constantes de la probidad con la que desempeñamos

nuestro trabajo: el ejercicio docente para la movilidad del conocimiento, nuestro compromiso con la investigación que genere nuevos saberes y el trato que ofrecemos a y recibimos de trabajadores y estudiantes. Si cualquiera de estos aspectos nos desvía de seguir desarrollando plenamente la idea de universidad, entonces, con la misma conciencia crítica que la universidad debió darnos, deberíamos reformular nuestras actitudes para encausarnos otra vez en su esencia: ser la cuna y difusora del saber superior.

⁹ Ibid. p. 87

¹⁰ Ibid. p. 106

¹¹ Ibid. p. 107

¹² Ibid. p. 79



3 ideas clave propuestas por Jorge Millas sobre la universidad:

La universidad está al servicio de la sociedad.

Millas pone énfasis en el nexo educación-ser humano-sociedad. **Realizarse como ser humano significa pertenecer a la comunidad**, y se educa para poder incorporarse a ella, habiendo sido transmitida, conservada, renovada y perfeccionada. Tan central es el rol educativo para Millas, que una falta de ella no conlleva a la generación de una mala sociedad, sino directamente a la falta de una.





No puede estar vigilada ni responder a compromisos políticos.

La educación en general ha de llevarnos a la tarea central para el ser humano: hacerse consciente de sí mismo, evidenciar el pensamiento. Se sigue que no hay una injerencia política en la universidad, pues si es la instancia última del proceso educativo para el reconocimiento del ser humano que uno y el otro es, su misma naturaleza será democrática. Entregar su dirección a ideologías implica abandonar su naturaleza propia que sigue a la naturaleza de las cosas.

Es una institución espiritual del ser humano civilizado.

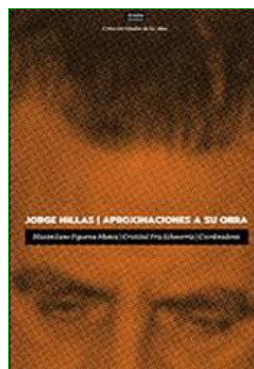
La universidad es espiritual – siguiendo su significado científico-humano – no en cuanto alejada de sus condiciones materiales, sino como lugar de cultivo del ser humano, la experiencia pensante y valorante de aquella entidad viva, y la preocupación por su suerte.



Nuestras recomendaciones para conocer más sobre Jorge Millas:



Idea y defensa de la universidad.
Jorge Millas



Jorge Millas. Aproximaciones a su obra.
Maximiliano Figueroa



Irremediablemente filósofo.
Entrevistas y discursos.
Jorge Millas



CINE

Una reflexión sobre los lugares informales en espacios educativos.

a propósito de *"La sociedad de los poetas muertos:"* de Peter Weir
por Luciel Valenzuela P., estudiante de Licenciatura en Literatura, sede Concepción.

Ambientada en la rígida academia Welton en el año 1956, Peter Weil dirige una película que sigue al carismático profesor John Keating (Robert Williams) quien, mediante la poesía y métodos poco ortodoxos, llama a sus estudiantes a cuestionar dogmas y abrazar el *Carpe Diem*.

La trama se focaliza en un grupo de estudiantes que, influenciados por Keating, deciden traer de vuelta a la vida un club llamado "La sociedad de los poetas muertos". Dicho club es realizado en una oscura cueva oculta,

lugar en el cual los alumnos exploran la poesía y desarrollan intereses que chocan con las expectativas y exigencias de sus familias. En cuanto avanza la película, los jóvenes deciden dejarse llevar por sus nuevas pasiones, confrontando así a su familia y destino, llevando el filme a un final reflexivo y conmovedor.

La película realiza un llamado a repensar la importancia de los espacios informales en espacios educativos. La universidad, como cuna del pensamiento, requiere

espacios similares a la cueva, donde lo humano y espontáneo puedan florecer sin la rigidez de las aulas.

El llamado entonces es claro; tanto las universidades como los estudiantes no deben abandonar estos espacios que resultan tan relevantes en la formación universitaria, pues como bien indica Paulo Freire, «enseñar no es transferir conocimiento, sino crear las posibilidades para su propia producción o construcción» (en *Pedagogía de la autonomía*).



CINE

De personajes a autores: vivir en serio.

sobre “*Más extraño que la ficción*” de Marc Forster,
por Luis Felipe Rodríguez SM., secretario de estudios de Formación Integral, sede De la Patagonia.

¿Qué harías si descubrieras que tu vida, no es realmente tuya? Que tus sueños son producto de un guión, que tus planes ya están escritos y que toda reflexión que hagas es a fin de cuentas de otra persona. ¿Qué repercusiones tiene transitar por una vida donde nada de lo que hagas o pienses es realmente producto de tus decisiones? Esta es la premisa de la película *Más extraño que la ficción* (2006), donde Harold Crick, un auditor de impuestos con un estilo de vida tan metódico como carente de emociones, comienza a oír una voz que narra su día a día. Con la ayuda de un académico de literatura (Dustin Hoffmann), Harold descubre

que es el personaje de una novela en desarrollo y que su destino — como en todas las obras de su autora (Emma Thompson)— es morir. “*Si esta historia es sobre ti, entonces tienes que saber cómo termina*” sería el consejo gatillante que haría que Harold, tal como en *Niebla* de Unamuno, decida enfrentar a su creadora y comenzar un viaje emocional que le permitirá ir descubriendo su misión y en última instancia, el sentido de lo que significa, no solo estar vivo, sino ser persona.

La historia de Harold Crick nos muestra lo sencillo que puede ser caer en una vida automatizada, sin

alegría, sin sentido. Pero también nos invita a recordar que no estamos solos en este transitar. Que en ocasiones basta algo sencillo como una palabra amiga, o un gesto desinteresado para despertarnos del aletargamiento y redescubrir la vida, permitiéndonos ser autores antes que personajes de ella. Toda vida auténtica empieza cuando se asume como propia.

Sin duda una película que, sin el costoso aparataje de una hiperproducción, pero con un elenco de lujo, logra desempolvar aquellas preguntas olvidadas dentro de nuestra conciencia.

Colaboraron en este número



Jorge Rosas Godoy
Lic. en Educación, Universidad del
Bio-Bio, Doctor en Literatura,
Universidad de Chile.



Nathalia Lucero Díaz
Lic. en Pedagogía, educación y
filosofía, UMCE. Doctora en Filosofía,
Universidad de Chile.



Boris Saavedra Pérez
Lic. en Filosofía, Universidad Católica
de la Santísima Concepción. Magíster
en Doctrina Social De la Iglesia,
Universidad San Sebastián.



David Muñoz Zúñiga
Licenciado en Filosofía. Doctor
en Filosofía, Pontificia Universidad
Católica de Chile.



Fernando Fuica García
Lic. en Filosofía y Magister en Filosofía,
Universidad de Concepción.



Roberto Marconi Juárez
Lic. en Filosofía. Universidad de Los
Andes, Doctor en Filosofía,
Pontificia Universidad Católica de Chile.



Felipe Vargas Torres
Licenciado en Historia y Ciencias
Sociales, Universidad San Sebastián.
Doctor (c) en Ética y Democracia,
Universidad de Valencia.



Marcia García Barría
Educatora de Párvulos, Universidad
Austral de Chile. Magister en
Educación, U. Raúl Silva Henríquez.



Álvaro Opitz Ben-Hour
Nutricionista, Universidad Mayor.
Doctor (c) en Educación, Universidad
de Almería.



Daniel Barrera Saez
Ingeniero Comercial, Universidad de
Concepción. Doctor en Administración
de Empresas, AIU.



Felipe Rodríguez Santa María
Publicista, U. del Pacífico. Magister en
Estudios Humanísticos (*en curso*),
Universidad San Sebastián.



Sofía Castro Bambs
Estudiante de Medicina,
Universidad San Sebastián.
Sede Santiago, Campus Bellavista.



Gian Franco Avendaño Uribe
Estudiante de Psicología
Universidad San Sebastián.
Sede Concepción.



Javiera González Martínez
Estudiante de Medicina Veterinaria,
Universidad San Sebastián.
Sede Santiago, Campus Bellavista



Luciel Valenzuela Pacheco
Estudiante de Licenciatura en Literatura,
Universidad San Sebastián,
Sede Concepción.



Ema Vergara Arriagada
Estudiante de Licenciatura en Filosofía,
Universidad San Sebastián,
Sede Concepción.



UNIVERSIDAD
SAN SEBASTIAN

Ilumina el futuro